

EL MONUMENTO A LOS HEROES

El imponente Monumento que habrá de inaugurarse entre estruendo de dianas y palpar de corazones, es elocuente testimonio de las virtudes cívicas del pueblo colombiano que rinde, una vez más, tributo de amor a la memoria de sus héroes. Ninguna iniciativa supera en patriótico alcance a la feliz culminación de esta obra que en su severa arquitectura expresa la gratitud de quince millones de compatriotas.

Porque el pedazo de suelo americano donde nacimos, hermoso por la armónica dispersión de sus cumbres nevadas, formidable por la aplastante magnitud de los Andes, de verdes valles y dilatadas selvas, rodeado por la transparencia inusitada de dos mares, con ríos que descienden en todas direcciones fecundando la tierra, demarcado fue a golpe de lanzas entre angustias y sangre por nuestros libertadores.

A la grandeza de nuestros próceres; a la inteligencia superior de apasionados dirigentes; a la permanente contribución de las clases pudientes; a la generosidad sin límites de campesinos y artesanos; al esfuerzo coordinado de todos, debemos el don incomparable de la libertad, recibido hace centuria y media cuando nació Colombia entre brillo de espadas y estremecimiento de Banderas.

En épocas antiguas a los héroes dedicaban los hombres preciosas arboledas y sobre sus tumbas derramaban piadosas libaciones. Era el héroe ilustre

por sus hazañas y virtudes, más que simple mortal, un semidiós que daba fama a su terruño y convertía en santuario el túmulo donde reposaban sus cenizas.

En todas las edades, en todas las latitudes, surge el héroe; el que ilumina los caminos con la antorcha de una nueva verdad o el que se ofrece en holocausto por sus ideas o por su suelo. Aquel que arrastra multitudes o lleva ejércitos de nación en nación, o el que con su inteligencia penetra en los dominios de la ciencia abriendo nuevos horizontes a la doliente humanidad. Columnas y pirámides, soberbios pedestales, arcos de triunfo o dicientes monolitos; mármoles y bronces, panteones y cenotafios, nos recuerdan a quienes sirviendo a un ideal cobraron eterno nombre y fama. La historia universal no es otra cosa que el encadenamiento de las experiencias recogidas por los grupos humanos. De aquí el culto a los héroes. Desgraciado el país que los olvida, porque al renegar de su pasado está forjando las cadenas de su futura esclavitud. Destruídos los pedestales que en las abiertas capitales o en los pueblos distantes levantaron nuestros mayores, se agrietan las columnas de nuestra nacionalidad.

La palabra patria nos dice Foustel de Coulanges, significaba para los griegos la tierra de los padres, el lugar donde habían sido depositados los huesos de sus antepasados. Y fue en Grecia cuna de las formas más elevadas, más perfectas y más originales de la literatura y del arte antiguo, donde el amor a la patria se dió en opulenta florecencia. Cuanto para el hombre era más caro se confundía con la patria; hallaba en ella su bienestar, su seguridad, su fé, sus derechos, sus creencias. Perdiéndola, lo perdía todo.

Al monumento consagrado por la gratitud de Colombia a honrar la memoria de sus mejores hijos, concurrirán Oficiales, Suboficiales, Cadetes y Soldados, los pendones desplegados al viento, el arma asida por el robusto brazo, la frente levantada hacia el cielo entre policromía de uniformes y relampaguear de bayonetas. Y está bien que sean ellos, en quienes cifra la República sus caras esperanzas, quienes desnuden

sus aceros ante la efigie que concibió Manuel Fremiet. Porque el Libertador compendia en su avasalladora personalidad las proezas de nuestra gesta magna, desde la montonera del Socorro, que cual alud demoledor llegó a las puertas de la capital del Nuevo Reino, hasta el ronco clamor de multitudes que en las plazas pedían independencia; desde la arenga del Tribuno del Pueblo hasta las homéricas jornadas que culminaron en Vargas y en el Puente de Boyacá. Y toda nuestra agitada vida republicana, con sus aciertos y equivocaciones, inacabables controversias y sus revoluciones, hasta el presente cuyas palpables realidades índice son de porvenir prometedor.

Ante el bronce magnífico como sublime síntesis de cuanto creemos y sentimos repetimos las palabras del maestro Valencia consignadas en el álbum de San Pedro Alejandrino:

700
1880

Danos padre, del fuego que enardeció tu mente;
del gesto arrollador de tu brazo gigante,
para seguir tus huellas con ánimo valiente
en pos de tu bandera generosa y triunfante.

Presentaremos armas al hombre de las Leyes, al Organizador de la Victoria, al Comandante de la Vanguardia en la batalla decisiva, cuya espada estuvo siempre al servicio de la justicia, virtud sin la cual no hay armonía social, ni entendimiento, ni bienandanza, ni verdadera paz. Quién puede dudar de las palabras del vencedor de Boyacá cuando dice a Santander "...La gloria de usted y la de Sucre son inmensas. Si yo conociera la envidia, los envidiaría".

Presentaremos armas también, al Precursor Nariño después de Bolívar la personalidad más fuerte de la revolución. Honor para el santafereño atormentado por todas las desventuras que alternó la emoción de las batallas con las noches sin fin de las mazmorras; que ora empuñaba el bastón del gobernante, ora se consumía en téticas ergástulas bajo el peso infamante de los grillos. Evocaremos aquel corazón a prueba de infortunios, castigado por la furia de los

virreyes, perseguido por jueces, oidores y golillas, que no se doblegó ni ante la cárcel, ni ante el destierro, ni ante la pérdida de sus bienes, ni ante la ingratitud de los mismos que recibieron de sus manos patricias las primicias de la nueva era.

Para vencer al español no bastaban demostraciones de elocuencia ni aclamaciones populares. Había que retemplar espíritus y acerar las espadas para la dirección acertada del Ejército. Cupo a José Ramón de Leiva, español enamorado de la independencia granadina, ser el abanderado de tan delicada misión. Eterna gratitud para el iniciador de nuestros institutos militares. Y para Francisco José de Caldas, el sabio payanés, astrónomo, físico, geógrafo, botánico, sacerdote de las ciencias exactas e instructor de cadetes, la bendición de nuestras juventudes, porque Caldas es paradigma de virtudes, hostia sublime de nuestro martirologio.

Llégue al Capitán Antonio Ricaurte el cálido homenaje de las Fuerzas Armadas como recuerdo de su heroicidad. Cuando todo estaba perdido para las armas independientes; cuando el desaliento se enseñoreaba de nuestras filas; cuando los secuaces de Bo-ves, el terrible, alcanzaban codiciado objetivo, se estremece la tierra y el joven Oficial envuelto en gigantesca llamarada escribe la página más fascinante de la historia.

Que el lema "Deber antes que vida" resumen de su incomparable sacrificio, retemple nuestras almas para las luchas que han de venir.

Honor y gloria para el Almirante José Prudencio Padilla, cuya figura morena recorrió nuestros mares, abordando navíos, destrozando galeras, humillando superiores escuadras, llevando victoriosa sobre las ondas la insignia nacional.

Loor para el Tribuno del Pueblo José Acevedo y Gómez, cuyas frases pronunciadas para quebrar la timidez de los santafereños, nos están advirtiendo, que si perdemos estos momentos de libertad, si seguimos luchando inútilmente entre hermanos, en vez de resolver los problemas sociales, si no levanta-

mos una barrera formidable contra la amenaza comunista "mañana seremos tratados como insurgentes".

Alabanza a Don Camilo Torres, modesto, prudente, silencioso. "No oyó el Areópago de Atenas o el Senado de Roma una voz más elocuente que la suya, afirmó el Sabio Caldas. Si solamente nos hubiera dejado el memorial de agravios, su nombre merecería las bendiciones de los americanos, pero su martirio en compañía de Rodríguez Torices, José María Dávila y el conde de Casa Valencia, agiganta la figura de quien fue el verbo formidable de la revolución.

Junto a las piedras cinceladas irán las gentes a recordar la austeridad de don Joaquín Camacho, la arrogancia de Baraya, la palabra de Rosillo, la voz de Mariano Garnica, la errante silueta de Pedro Fermín de Vargas, los servicios nunca bien ponderados de don Pedro Gual y José María Carbonel y entonarán himnos de alabanza a quienes al estampar su firma en el Acta inolvidable del veinte de julio se desprendieron de la vida que pasa aspirando a la gloria que queda, como dijo Unamuno.

Para Joaquín Caicedo, José María Córdoba, Girardot, Maza, García Rovira y para centenares de próceres y mártires que en estos momentos nos observan desde los estrados de la gloria; para las legiones de ingleses e irlandeses que pelearon a nuestro lado con bravura; en fin para los soldados que de Caracas a la Paz fueron tras de Bolívar despedazando cadenas, redimiendo comarcas, libertando esclavos, destruyendo adversarios, transformando la obediencia ancestral de las gentes al Rey en amor a la causa de América, honor y gratitud.

Gratitud imperecedera para nuestras heroínas de cuyos ojos brotó a torrentes la amargura con que se amalgamaron los cimientos de Colombia.

Policarpa Salavarrieta, Mercedes Abrego, Magdalena Ortega, Francisca Prieto, Josefita Díaz, María Loperena de Fernández de Castro, Carlota Armero, Antonia Santos, Eugenia Arrázola, Salvadora Aldao,

Estefanía Linares, Juana Plazas, María Josefa Lizarralde, Rosaura Rivera, Dominga Burbano, Luisa Góngora y tantas otras que hicieron exclamar a Bolívar: "Sois dignas de la admiración del universo". Damas aristocráticas o humildes mujercitas de la gleba; vuestro dolor, vuestra angustia, vuestra orfandad, vuestra viudez, vuestra amargura, grabados estarán para memoria de las generaciones en el monumento que en hora afortunada os erigió la Patria.

Las Fuerzas Militares, concebidas entre el delirio de la revolución de Julio, que han estado presentes en los grandes días de la república, en paz o en guerra, en los momentos de peligro o en los instantes definitivos de su historia, rinden fervoroso homenaje a los héroes; ellas guardan el fuego sacro que prendiera Don Antonio Nariño al iniciar su carrera romántica de caballero andante. Mientras arda esa llama y crepite ese fuego en los cuarteles, Colombia estará intacta en su soberanía y en sus instituciones.

La espada de Bolívar señala ya el campo donde se partió en dos la Historia Nacional. "Mirad el viejo puente sobre la corriente del Teatinos", parece murmurar la efigie de Fremiet. Allí se izó nuestra bandera hace ciento cuarenta y tres años y sobre las colinas circundantes surgió con resplandores eternos el sol de libertad.

Coronel GUILLERMO PLAZAS OLARTE,
Oficial de Infantería.